

BIBLIOTECA RECREATIVA CONTEMPORANEA.

OBRAS PUBLICADAS.

	Madrid. Pesetas.	Provincias. Pesetas.
<i>El Médico de las Locas</i> (4. ^a edicion), por Javier de Montepin.	3	3
<i>La Escuela del Gran Mundo</i> , por Guillermo Graell.	2	2,50
<i>La Cigarra</i> (2. ^a edicion), por J. Ortega Munilla.	2,50	2,50
<i>Sor Lucila</i> (continuacion de <i>La Cigarra</i>), 3. ^a edicion, por J. Ortega Munilla.	2	2,50
<i>Una página de amor</i> , por Emilio Zola (agotada).	»	»
<i>Don Juan Solo</i> , por J. Ortega Munilla.	2	2,50
<i>El Fiacre número 13</i> , por Javier de Montepin; tres tomos.	4,50	4,50
<i>Solos de Clarin</i> (Leopoldo Alas).	2,50	2,50
<i>Teresa Raquin</i> (2. ^a edicion), por Emilio Zola.	3	3
<i>La Reputacion de una mujer</i> , por la Princesa Rattazzi.	1,50	1,50

EN PRENSA.

El Fondo del tonel, relacion contemporánea, por J. Ortega Munilla.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariban y C.^a
(sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.

NANA

TOMO SEGUNDO

VIII

Estamos en la calle Veron, en Montmartre, en el cuarto piso de una pequeña casa.

Nana y Fontan habian invitado á algunos amigos para celebrar la noche de Reyes.

Aun estaba incompleto el mueblaje, porque se habian instalado sólo desde hacia tres dias.

Y esto se habia hecho bruscamente, sin previo acuerdo de vivir juntos, en el primer fuego de su luna de miel.

Al dia siguiente de su gran algarada, cuando puso tan francamente á la puerta al Conde y al banquero, Nana sintió que se desplomaba todo alrededor suyo.

Con una mirada juzgó la situacion: los acreedores iban á caer en su antecámara, á mezclarse en sus asuntos íntimos, á hablar de venderlo todo, en fin, si no se mostraba razonable; y habria serias disputas, rompimientos de cabeza insostenibles, si intentaba retener sus cuatro muebles. Y prefirió abandonarlo todo.

Ademas, le cargaba su casa del boulevard Haussmann. Aquello era tonto, con sus grandes habitaciones doradas.

En su arrebatado de ternura por Fontan, volviendo á su antiguo ideal de florista, soñaba con una bonita alcoba clara, y

no pensaba sino en un armario de palisandro, de espejo, y en una cama colgada de reps azul.

En dos días vendió aquello de que pudo desprenderse, chucherías de valor y alhajas, y desapareció con una decena de miles de francos, sin de ir una palabra á la portera; una desaparicion, una fuga, sin dejar una huella.

De este modo los hombres no vendrian á colgarse de sus enaguas.

Fontan fué muy asequible. No dijo que no, y la dejó hacer. Hasta se condujo como un buen camarada.

Por su parte tenía cerca de siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la jóven, bien que se le acusase de avaricia.

Esto les pareció un fondo sólido para establecerse, y marcharon de allí, llevando cada cual sus efectos, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Veron, dividiéndolo todo como viejos amigos. En un principio esto fué verdaderamente delicioso.

La noche de Reyes, la primera que llegó fué la señora Lerat con Luisito.

Como Fontan estaba fuera aún, se permitió expresar ciertos temores, porque temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Oh, tia, si le amo tanto!—gritó Nana poniendo ambas manos sobre su pecho con encantador ademan.

Estas palabras produjeron un efecto extraordinario sobre la señora Lerat. Sus ojos se humedecieron.

—Sí, la verdad en su punto—dijo con aire de profunda conviccion— el amor ante todo.

Y se entusiasmó con la hermosura de las habitaciones. Nana le hizo visitar la alcoba, el comedor, la cocina. ¡Canastos! Esto no era inmenso, pero las pinturas eran nuevas, se habia cambiado el papel, y el sol entraba allí alegremente.

Entónces la señora Lerat retuvo á la jóven en la alcoba, miéntras que Luisito se instalaba en la cocina, detras de la criada, para ver asar un pollo.

Si se permitia reflexiones, era que Zoé acababa de salir de

su casa: Zoé permanecía valientemente sobre la brecha por cariño á la señora.

Más tarde la señora la pagaria; no se inquietaba por eso.

Y en la irrupcion de la casa del boulevard Haussmann hacia frente á los acreedores, operaba una retirada digna, salvando lo que podia salvar y respondiéndole siempre que la señora viajaba, sin dar jamas una direccion.

Hasta se privaba del placer de visitar á la señora, por miedo á que la siguieran.

Sin embargo, aquella mañana fué corriendo á casa de la señora Lerat, porque pasaba algo de nuevo.

La vispera se habian presentado varios acreedores: el tapicero, el carbonero, la modista, ofreciendo tiempo y aún proponiendo adelantar una fuerte suma á la señora si ésta queria volver á su casa y conducirse como persona inteligente. La tia repitió las palabras de Zoé. ¡Sin duda habia un señor por enmedio!

—¡Jamás!—declaró Nana sublevada—¡Y bien! ¡Son decentes esos proveedores! Creen acaso que yo voy á venderme para pagar sus créditos.... Mira tú, preferiria morirme de hambre á engañar á Fontan.

—Es lo que yo he respondido—dijo la señora Lerat;—mi sobrina tiene mucho corazon.

Nana, sin embargo, tuvo un gran disgusto al saber que se vendia la Mignotte, y que Labordette la compraba á un precio ridiculo para Carolina Heguet. Se encolerizó mucho contra esta intrigantuela, la más falsa de todas, á pesar de su aspecto.

—Hagan lo que hagan—concluyó— el dinero no les dará jamás la felicidad verdadera.... Yo me voy olvidando de todo ese mundo. Soy demasiado dichosa.

Precisamente entraba la señora Maloir con uno de esos sombreros extraños cuya forma encontraba sólo ella.

Fué un gozo volver á verse. La señora Maloir explicó que le intimidaban las grandezas; ahora, de cuando en cuando, iria allí á echar un nute.

Se visitó la casa por segunda vez, y en la cocina, ante la criada que rociaba el pollo, Nana habló de economías: dijo

que una doncella costaría demasiado cara, y que iba á ocuparse por sí misma en los asuntos caseros.

Luisito, embobado, miraba el asador.

Pero se oyó una voz estrepitosa.

Era Fontan, que llegaba con Bosc y Prullière.

Podían ya ponerse á la mesa.

Estaba servido el potaje cuando Nana, por tercera vez, enseñó las habitaciones.

—¡Ah, hijos míos, qué bien estais aquí!—repetía Bosc, con propósito simplemente de agradar á los camaradas que pagaban la comida; porque, en el fondo, la cuestion del nicho, como él decía, le importaba muy poco.

En el dormitorio esforzó aún la nota amable. De ordinario trataba á las mujeres de camellos, y la idea de que un hombre tomara con calor á una de estas estúpidas bestias sublevaba en él la sola indignacion de que era capaz, en el desden de borracho con que miraba al mundo.

—¡Ah! Los mocitos—repuso guiñando los ojos—lo han hecho solapadamente.... ¡Y bien! A la verdad, habeis tenido razon. Esto será delicioso, y nosotros vendremos á veros, ¡nombre de Dios!

Pero como en aquel momento llegase Luisito montado sobre un palo de escoba, Prullière dijo con una risa maligna:

—¡Toma! ¿pero éste es vuestro bebé?

El dicho pareció muy gracioso.

La señora Lerat y la Maloir se retorcian de rabia.

Nana, léjos de incomodarse, se rió enternecida, diciendo que no, desgraciadamente: bien lo hubiese querido por el pequeño y por ella; pero quizá saldría ganando de todos modos.

Fontan, que hacia el hombre de bien, tomó á Luisito en sus brazos, jugando, ceceando.

—Eso no importa: me querrá como á un padre.... Llámame, papá, erápula.

—¡Papá.... papá!....—balbuceó el niño.

Todo el mundo le cubrió de caricias.

Bosc, aburrido, hablaba de ponerse á la mesa; sólo esto era serio.

Nana pidió que le permitieran sentar á Luisito cerca de sí. La comida fué muy alegre.

Bosc, sin embargo, sufrió con la proximidad del niño, contra el cual tenía que defender su plato.

La señora Lerat le molestó tambien.

La vieja se enternecía y le comunicaba por lo bajo cosas misteriosas, historias de señores muy bien portados que la perseguían aún; y en dos ocasiones tuvo que apartarla la rodilla, huyendo de ella, que se aproximaba cada vez más con los ojos encandilados.

Prullière se condujo como hombre grosero respecto á la señora Maloir, á la que no sirvió una sola vez.

Estaba ocupado únicamente con Nana, humillado de verla con Fontan.

Ademas, los tortolillos se iban poniendo muy fastidiosos; ¡de tal manera se abrazaban!

Contra todas las reglas habían querido colocarse uno al lado de otro.

—¡Qué diablo, comed, teneis bastante tiempo!—repetía Bosc con la boca llena.—Esperad á que nos marchemos nosotros.

Pero Nana no podía contenerse. Estaba en un arrebató de amor, colorada como una vírgen, con risas y miradas húmedas de ternura.

Los ojos fijos sobre Fontan, le colmaba de carifiosos nombres: mi perro, mi lobo, mi gato; y cuando le pasaba el agua ó la sal, se inclinaba, le besaba á la ventura sobre los ojos, sobre la nariz, sobre una oreja; despues, si se la reprendía, empleaba tácticas sábias, humildades y finezas de gata castigada, para insistir de nuevo, cogiéndole suavemente la mano y besándola aún.

Le era indispensable tocar algo de él.

Fontan hacía la vista gorda y se dejaba adorar lleno de condescendencia. Su gran nariz se agitaba con un goce sensual. Su hocico de macho cabrío, su fealdad de monstruo truhanesco se acentuaba en la adoracion devota de aquella soberbia niña, tan gorda y tan blanca. De cuando en cuando la devolvía un beso, como hombre que tiene en sí todo el placer, pero que quiere mostrarse amable.

—Pero, ¿no acabaréis?—grito Prullière.—Mira, cambiemos de sitio.

Y cambiando el cubierto, sacó de allí á Fontan para ocupar un sitio al lado de la jóven. Esto arrancó exclamaciones, aplausos, palabras muy intencionadas. Fontan fingia desesperacion con sus ademanes chuscos de Vulcano llorando á Vénus.

En seguida Prullière se mostró galante; pero Nana, cuyo pié buscaba bajo la mesa, le alargó un golpe para mantenerle tranquilo. No, ciertamente, no habia que pensar en ello.

El mes anterior habia tenido como el comienzo de un capricho, á causa de su linda cabeza. Ahora le detestaba. Si la pellizcaba otra vez, fingiendo recoger su servilleta, le arrojaría un vaso á la cara.

En tanto, la velada trascurrió agradablemente, y, como era natural, la conversacion recayó sobre Variedades. Ese canalla de Bordenave, ¿pero no reventaría? Sus indignas enfermedades reaparecieron, y le hacian sufrir de tal modo, que era preciso cogerlo con tenazas.

La víspera, durante la repeticion, no dejó de echar pestes contra Simona.

¡Hé aquí uno cuya muerte no llorarian mucho los artistas! Nana dijo que si la llamase para un papel, le enviaria á pasear bonitamente; además, hablaba de dejar las tablas, porque el teatro valía ménos que su casa.

Fontan, que no tomaba parte en la pieza nueva ni en la que se representaba entónces, exageraba tambien la dicha de gozar de libertad completa, de pasar las veladas con su pequeña gata arrimados al fuego. Y los demas lanzaban exclamaciones tratándoles de tórtolos enamorados, y afectando envidiar su suerte.

Se habia sacado el pastel de los Reyes, y la haba habia correspondido á la señora Lerat, que la puso en el vaso de Bosc.

Entónces se lanzaron gritos de «¡el Rey bebel! ¡el Rey bebel!», y Nana aprovechó esta explosion de alegría para ir á coger á Fontan por el cuello, besándole y diciéndole recaditos al oido.

Pero Prullière, con su risa de presumido, humillado, gritaba que esto no era del juego.

Luisito dormia sobre dos sillas. En fin, la sociedad no se separó hasta la una, y se despidió hasta la vista á lo largo de la escalera.

Y durante tres semanas la vida de los dos enamorados fué sentimental, dulcísima.

Nana creia haber vuelto á aquellos tiempos en que su primer traje de seda le habia causado tan grande júbilo.

Salia muy poco, jugando á la soledad y á la sencillez.

Una mañana muy temprano, cuando bajaba por sí misma á la compra en el mercado de la Rochefoucauld, quedó muy sorprendida al encontrarse frente á frente con Francisco, su antiguo peluquero.

Iba con su correccion habitual, camisa fina, gaban irreprochable, y sintió vergüenza al ser vista por él así, en peinador, desgrefiada, arrastrando chancletas.

Pero él, con gran tacto, exageró aún su política.

No se permitió ninguna pregunta: afectaba creer que la señora estaba de viaje.

¡Ah! la señora habia hecho muchos desgraciados decidiéndose á viajar. Era una pérdida para todo el mundo.

La jóven, sin embargo, acabó por interrogarle, movida de una curiosidad que le hacia olvidar su primer embarazo.

Como la muchedumbre les atropellaba, empujó á Nana bajo una puerta, donde se mantuvo en pié ante él con su pequeño cesto en la mano.

¿Qué se decia de su fuga? ¡Dios mio! las señoras á cuyas casas iba decian esto, decian aquello; en suma, un ruido enorme, un verdadero éxito.

¿Y Steiner? El señor Steiner estaba muy en baja: iba á concluir malamente si no encontraba alguna nueva operacion.

¿Y Dagenet? ¡Oh! este muchacho, muy bien: el señor Dagenet arreglaba su vida.

Nana, que se excitaba con todos estos recuerdos, abria la boca para preguntarle aún; pero no se atrevia á pronunciar el nombre de Muffat.

Entónces, Francisco, sonriendo, habló el primero. En cuanto al señor Conde, era una compasion: tanto habia sufrido despues de la partida de la señora, que parecia un alma en

pena: ¡se le veía en todos los sitios en que podía estar la señora!

En fin, habiéndole encontrado el señor Mignon, le había llevado á su casa. Esta noticia hizo reír mucho á Nana, pero con una risa violenta.

—¡Ah! está con Rosa ahora—dijo.—¡Y bien! ¿Sabeis, Francisco? ¡yo me río de eso!.... ¡No veis, ese gazmoño! ¡Ha cogido hábitos, y no puede ayunar ni siquiera ocho días! ¡Y él, que me juraba no hablar con otra mujer en su vida!

En el fondo estaba llena de rabia.

—Rosa coge mis desechos. ¡Oh, comprendo! quiere vengarse de que le haya quitado ese bruto de Steiner.... ¡Ja, ja! ¡atraer á su casa á un hombre que yo planté á la puerta!

—El señor Mignon no cuenta las cosas de ese modo—dijo el peluquero.—Segun él, el señor Conde fué quien os dejó.... Sí, y de una manera bastante desagradable, dándoos un puntapié....

Nana se puso muy pálida.

—¿Eh? ¡Cómo!—gritó—¿un puntapié?.... ¡Eso es demasiado fuerte! ¡Pero si he sido yo quien ha echado por las escaleras á ese cornudo! Porque es un cornudo: tú debes saber esto; su Condesa le hace cornudo con todo el mundo, hasta con el pillete Faucherie.... Y ese Mignon, que corte las calles por su pelandusca de mujer, á quien nadie quiere, ¡tan flaca está!.... ¡Qué gentel! ¡Qué gente más sucia!

Nana, que se ahogaba, hizo una pausa para tomar aliento.

—¡Ah! dicen eso.... Y bien, mi querido Francisco, yo voy á salirles al encuentro, yo.... ¿Quieres que vayamos ahora mismo juntos?.... Sí, yo ire allá, y veremos si tienen el descaro de hablar de puntapiés.... Jamas los toleraré de nadie. Y jamas los toleraré, mira tú, porque sería capaz de comer al hombre que me tocara al pelo....

Sin embargo, se apaciguó.

Después de todo, podían decir lo que quisieran, porque ella no les daba más consideración que al lodo de sus zapatos.

Era mancharse ya hablar de estas gentes. Tenía su conciencia para sí.

Y Francisco, ya familiar, viéndola espontanearse así en su peñador casero, se permitió darle consejos al dejarla.

No tenía razón en sacrificarlo todo á un capricho; los caprichos dañaban la existencia.

Nana le escuchaba con la cabeza baja, en tanto que él proseguía con aire contristado, y como inteligente que sufría al ver á tan bella criatura echarse á perder de tal modo.

—Ese es negocio mio—acabó de decir la jóven.—De todos modos, gracias, querido.

Y le apretó la mano, que tenía siempre un poco grasienta, á pesar de su irreprochable corrección; después fué á hacer su compra.

Durante el día, esta historia del puntapié la preocupó bastante.

Hasta habló del caso á Fontan, expresándose otra vez como una mujer fuerte, que no soportaría que la tocáran con un dedo.

Fontan, espíritu verdaderamente superior, declaró que todos los hombres distinguidos eran unos canallas, y que se debía despreciarlos.

Nana desde entónces se llenó de un desden soberano.

Aquella noche, precisamente, fueron á los Bufos á ver debutar, en un papel de diez líneas, á una jóven que Fontan conocía.

Era cerca de la una cuando volvieron á pié por las alturas de Montmartre.

En la calle de la Chaussée-d'Antin habían comprado un pastel, un moka, y le comieron ya acostados, porque la noche estaba fría y no valía la pena de encender el fuego.

Sentados en la cama uno al lado del otro, cenaban.

Hablaron de la jóven.

Nana la encontraba fea y sin distinción.

Fontan, sentado en primer término, cogía los trozos del pastel colocados al borde de la mesa de noche, entre la bujía y los fósforos.

Pero el diálogo acabó en disputa.

—¡Oh, sí, se puede decir!—gritó Nana.—Tiene ojos hechos á punzon y cabellos de color de café....

—¡Calla! no digas eso—repetía Fontan.—Una cabellera soberbia, miradas llenas de fuego.... ¡Buena cosa es que las mujeres os comais siempre unas á otras!

Tenia el aspecto de muy incomodado.

—¡Vamos, basta ya!—dijo en fin con una voz brutal.—Ya sabes, no me gusta que se me moleste.... Durmamos, ó esto va á acabar mal.

Y apagó la bujía. Nana, furiosa, continuaba: no queria que se la hablase en ese tono, porque tenia el hábito de ser respetada. Como él no respondia, tuvo que callarse, pero sin poder conciliar el sueño, daba vueltas y más vueltas.

—¡Nombre de Dios! ¿concluirás de moverte?—gritó Fontan de pronto con un brusco salto.

—No es culpa mia si hay migajas—dijo ella secamente.

En efecto, habia migajas. La jóven las sentia hasta debajo de sus muslos: estaba devorada por todas partes.

Una sola migaja la molestaba horriblemente y la hacia rasarse hasta brotar sangre.

Ademas, cuando se come un pastel, no se sacude siempre la colcha. Fontan, con una rabia concentrada, encendió de nuevo la bujía.

Ambos se levantaron, y con los piés desnudos, en camisa, descubriendo el lecho, barrieron las migajas con las manos.

Él, que tiritaba, se acostó, contestando duramente á Nana al recomendarle que se limpiase bien los piés.

Por fin, ella volvió á ocupar su sitio; pero, apénas acostada, saltó de nuevo. Habia migajas aún.

—¡Pardiez! estaba segura—repetia.—Las has subido con tus piés.... ¡Yo no puedo, te digo que no puedo!

Y se disponia á saltar en tierra por encima de él.

Entónces, exasperado hasta el extremo, queriendo dormir, Fontan le arrimó una bofetada á todo vuelo.

La bofetada fué tan grande, que tendió á Nana sobre el lecho, con la cabeza sobre la almohada. Quedó aturdida.

—¡Oh!—dijo simplemente, con un gran suspiro infantil.

Él la amenazó con otro golpe, preguntando si iba á menearse más todavia.

Despues, apagando la luz, se instaló cómodamente á la larga, y pronto se oyeron sus ronquidos.

Nana lloraba y gemia, con la cara sobre la almohada. Era cobarde abusar así de su fuerza.

Pero habia tenido un verdadero miedo, pues la máscara truhanesca de Fontan se habia vuelto terrible.

Su cólera se desvanecia, como si el bofeton le hubiese calmado.

Nana le respetaba, y se aproximaba á la pared para dejarle todo el sitio posible.

Y ella misma concluyó por dormirse; la mejilla caliente, los ojos llenos de lágrimas, en una postracion deliciosa, en una languidez tan sumisa, que no sentia ya miedo.

Por la mañana cuando se despertó tenia á Fontan entre sus brazos, apretado vigorosamente contra su garganta.

No volveria á hacerlo más, ¿no es así?

Ella le amaba demasiado, y hasta sus bofetadas le parecian bien.

Entónces comenzó una vida nueva.

Por un quitame allá esas pajas, Fontan repetia los bofetones.

A veces Nana gritaba, le amenazaba; pero él, sujetándola contra la pared, hablaba de estrangularla, y este la hacia muy dócil.

Generalmente se tendia sobre una silla, y sollozaba allí cinco minutos.

Despues se olvidaba de todo muy alegre, con cantares, y risas, y carreras, que llenaban la casa del ruido de sus enaguas.

Lo peor era que, desde algun tiempo, Fontan estaba fuera todo el dia y no regresaba jamas ántes de media noche; andaba por los cafés, donde se reunia á sus camaradas.

Nana lo toleraba todo, trémula, cariñosa, con el solo temor de no volver á verle si le dirigia algun reproche.

Pero en ciertos dias, cuando no estaban allí ni la señora Ma-loir ni su tia con Luisito, se aburría mortalmente.

Así, un domingo, hallándose en el mercado de la Rochefoucauld ajustando unos pichones, se puso muy contenta al encontrar á Satin, que compraba rabanillos.

Desde la noche en que el Príncipe bebió el champagne de Fontan, las dos amigas no habian vuelto á verse.

—¡Cómo! ¿eres tú, vives en el barrio?—dijo Satin, estupefacta de verla en la calle, en pantuflas, y á tales horas.—¡Ah, mi pobre niña, viniste muy á ménos! ¡Estás llena de grasa!

Nana la hizo callar con un fruncimiento de cejas, porque había otras mujeres allí en traje de casa, sin camisa, los cabellos sucios y en desórden.

Por la mañana todas las mujeres del barrio, apenas ponían á la puerta al hombre de la víspera, venían á hacer sus provisiones, los ojos hinchados de sueño, arrastrando sus chinelas con el mal humor y la fatiga de una noche de fastidio.

De cada una de aquellas calles bajaban hácia el mercado algunas jóvenes áun muy pálidas, encantadoras de abandono; otras, horribles, viejas y entumecidas, que se avergonzaban de ser vistas así fuera de las horas del trabajo; mientras que los transeúntes, al pasar, se volvían á mirarlas, sin que una sola se dignase sonreír, todas atareadísimas, con el aire desdofioso de mujeres de su casa, para quienes no existen ya los hombres.

Precisamente, cuando Satin pagaba sus rabanillos, un joven, algun empleado retardado, le dijo al oído: «Buenos días, querida.» Ella se enderezó de pronto, diciendo con una dignidad de reina ofendida:

—¿Por quién me tomará este indecente?

Después creyó reconocerlo.

Tres días ántes, hácia media noche, subiendo sola por el boulevard, le había hablado largo rato en el rincón de la calle Labruyère para decidirle.

Pero esto la sublevó todavía más.

—Se necesita poca vergüenza para decirle á una esas cosas en pleno día—repuso.—Cuando se va á sus negocios, ¿no es esto? es para que se os respete.

Nana había concluido por comprar sus pichones.

Entonces Satin quiso enseñarle la puerta de su casa; cabalmente vivía al lado, calle de la Rochefoucauld.

Y no bien estuvieron solas, Nana contó su pasión por Fontan.

Llegada ante su casa, la pequeña se había plantado con sus rabanillos bajo el brazo, enardecida por un último detalle que daba la otra, mintiendo á su vez, jurando que era ella quien había puesto á la puerta al Conde Muffat á patadas.

—¡Oh, bravísimo!—repetía Satin—¡bravísimo! Y él no ha

dicho nada, ¿no es eso? ¡Es tan cobardel! Hubiera querido estar allí para ver su facha.... ¡Querida, has hecho bien! ¡Y al diablo el dinero! Yo, cuando tengo un capricho, me importa un bledo lo demás.... ¿Eh? Vén á verme, prométemelo. La puerta de la izquierda. Llama con tres golpes, porque hay un montón de vecinos.

Desde aquel momento, cuando Nana se aburría mucho, bajaba á ver á Satin. Estaba siempre segura de encontrarla, porque ésta no salía jamás ántes de las seis de la tarde.

Satin ocupaba dos habitaciones, que un boticario le había amueblado para salvarla de la policía; pero en ménos de tres meses había roto los muebles y desfundado las sillas, manchándolo todo, en una tal rabia de suciedad y de desórden, que la casa parecía habitada por una banda de gatos frenéticos.

Las mañanas en que, disgustada ella misma, se proponía dar un limpión, le quedaban entre las manos travesaños de sillas y pedazos de colgadura, á fuerza de pelear con la grasa.

En aquellos días todo estaba más sucio, no se podía entrar allí, obstruida la puerta con multitud de cosas. De modo que concluía siempre por abandonar la limpieza.

Pero la lámpara, el armario de espejo, el péndulo y lo que quedaba de las cortinas producían aún ilusión en los hombres.

Además hacía seis meses que su propietario la amenazaba con expulsarla.

¿Para qué, pues, cuidar un mueble? ¿Para que se quedara él con ellos, como era lo probable?

Y cuando se levantaba de buen humor, solía gritar: «¡hurra!», dando grandes puntapiés al armario y á la cómoda, que crujián.

Nana la encontraba acostada casi siempre. Áun los días en que Satin bajaba para sus asuntos, estaba tan cansada al subir, que se dormía otra vez tendida al borde del lecho.

Durante el día parecía arrastrarse dormitando sobre las sillas, no saliendo de esta languidez más que hácia la noche, á la hora del gas.

Y Nana se encontraba muy bien en esta casa, sumida en un dulce far niente en medio del lecho revuelto, de los cacharros

esparcidos por tierra, de las enaguas sucias de la víspera, que manchaban los sillones con su lodo.

Era una charla continua de confidencias interminables, en tanto que Satin, en camisa, revolcándose, y con los pies más altos que la cabeza, la escuchaba fumando cigarrillos.

A veces se pagaban el ajenjo las tardes en que tenían pesares, para olvidar, decían, y sin molestarse en bajar, sin ponerse siquiera un jubon, Satin iba á inclinarse por encima de la escalera y hacía el encargo á voces á la chiquilla de la portería, una pilluela de diez años, que, al traer el ajenjo en un vaso, miraba con curiosidad las desnudas piernas de la señora.

Todas las conversaciones iban á parar en la indecencia de los hombres.

Nana estaba fastidiosa con su Fontan; no podía hablar diez palabras sin caer en repeticiones sobre lo que decía Fontan, sobre lo que hacía Fontan.

Pero Satin, de buena pasta, escuchaba sin aburrirse estas eternas historias de plantones á la ventana, de pendencias por un guiso requemado, de reconciliaciones nocturnas despues de un día de monos.

Era tal su necesidad de hablar de esto, que Nana llegó á contarle hasta las bofetadas que recibía; la semana pasada le habia puesto un ojo como un puño; la víspera, sin ir más lejos, á causa de no encontrar sus pantuflas, la habia arrojado de un pescozon sobre la mesa de noche; y Satin no se extrañaba lo más mínimo, haciendo espirales con el humo de su cigarro, interrumpiéndose sólo para decir que ella se agachaba siempre, enviando así á paseo al señor con su bofetada.

A las dos les divertían estas historias de golpes; felices, entusiasmadas con los mismos hechos estúpidos repetidos cien veces, cediendo á la muelle y tibia laxitud de las cosas indignas de que hablaban.

Era un gozo saborear las bofetadas de Fontan, explicar á Fontan hasta en la manera de quitarse las botas. Satin simpatizaba con esto y citaba casos más fuertes: un pastelero que la dejaba por tierra medio muerta, y al que no por eso dejaba de amar.

Despues llegaban los días en que Nana lloraba, declarando que no podía continuar aquella vida.

Satin la acompañaba hasta la puerta, permaneciendo luégo una hora en la calle para ver si la asesinaba.

Y al día siguiente las dos mujeres gozaban con la reconciliacion, prefiriendo, no obstante, sin decirlo, los días en que quedaban los golpes por el aire, cosa que las apasionaba más. Pronto fueron inseparables.

Sin embargo, Satin no iba nunca á casa de Nana, en vista de que Fontan declaró que no quería en ella barullos.

Salian juntas, y de este modo fué como Satin llevó un día á su amiga á casa de la señora Robert; justamente esta señora preocupaba á Nana y le causaba cierto respeto, desde que habia rehusado asistir á su cena.

La señora Robert vivía en la calle Monier, una calle nueva y silenciosa del barrio de Europa, sin una tienda, y cuyas bellas casas, de pequeñas y lindas habitaciones, están pobladas de damas.

Eran las cinco: á lo largo de las desiertas calles, en la tranquilidad aristocrática de aquellas altas casas blancas, veíanse parados los coches de negociantes y bolsistas, mientras que los hombres se escurrían con presteza, levantando los ojos hácia las ventanas, en que parecían esperar mujeres envueltas en su peinador.

Nana primero se negó á subir, diciendo con aire afectado que no conocía á esta señora.

Pero Satin insistía.

Se podía siempre llevar una amiga consigo.

Ademas quería simplemente hacer una visita de urbanidad: la señora Robert, á quien habia encontrado la víspera en un restaurant, se habia mostrado muy anable, haciéndole jurar que iría á verla.

Y Nana acabó por ceder. Arriba ya, una criada medio dormida les dijo que la señora aún no habia vuelto.

Sin embargo, quiso introducir las en el salon, donde las dejó.

—¡Diablo, esto es muy elegante!—murmuró Satin.

Era una severa habitacion burguesa, de cortinajes oscu-

ros, con el buen gusto de un tendero parisien retirado despues de hecha su fortuna.

Nana, impresionada, quiso burlarse; pero Satin se incomodó: respondia de la virtud de la señora Robert.

Se la encontraba siempre en compañía de hombres de edad y serios, que le daban el brazo.

Por entónces tenía un antiguo chocolatero, espíritu grave. Cuando venía, encantado del buen aspecto de la casa, se hacía anunciar y la trataba con mucho comedimiento.

—Pero, mira, héla aquí—añadió Satin enseñando una fotografía colocada ante el péndulo.

Nana examinó el retrato un instante. Representaba una mujer muy morena, de rostro prolongado, de labios contraídos con una discreta sonrisa.

Con un poco más de gravedad, se diría que era una señora completa.

—Es gracioso—murmuró Nana por fin—yo he visto esta cabeza en alguna parte, seguramente. ¿En dónde? no lo sé. Pero no ha debido ser en sitio muy limpio.... ¡Oh! no, de seguro no fué en un sitio limpio.

Y añadió, volviéndose hácia su amiga:

—Vamos,—ella te ha hecho venir á verla. ¿Qué te quiere?

—¿Lo que me quiere? ¡Pardiez! Hablar, sin duda; estar un momento juntas.... Es pura política.

Nana miraba á Satin fijamente; despues hizo con la lengua un ligero chasquido. En fin, esto le era igual.

Pero como la señora se retardaba mucho, dijo que no queria esperar más, y las dos partieron.

Al dia siguiente, como Fontan habia advertido á Nana que no le esperase, ésta fué á buscar á Satin muy temprano para comer juntas en un restaurant.

La eleccion del restaurant fué una gran cuestion, porque Satin proponia sitios que Nana encontraba infectos.

En fin, la decidió á comer en casa de Laura. Era una mesa redonda, calle de los Mártires, en que costabactres francos la comida.

Cansadas de esperar la hora, no sabiendo qué hacerse por

las calles, subieron á casa de Laura con veinte minutos de anticipacion.

Los tres salones estaban aún vacíos.

Se colocaron á una mesa, en el salon mismo en que Laura Piedefér asentaba su trono sobre la alta banqueta de un mostrador.

Esta Laura era una señora de cincuenta años, de formas exhuberantes, oprimida por cinturones y corsés.

Las mujeres iban llegando una tras otra, y empinándose por encima de las bandejas, besaban en la boca á Laura con cierta familiaridad, miéntas que este monstruo, con los ojos humedecidos, trataba, multiplicándose, de no dar origen á celos.

La criada, por el contrario, era una mujer alta y flaca, enfermiza, negros los párpados, y servia á tales señoras despidiendo de sus miradas un fuego sombrío.

Los tres salones se llenaron rápidamente.

Habia allí una centena de parroquianas, mezcladas al azar en las mesas, lindando la mayor parte con los cuarenta años, enormes, carnosas, con la hinchazon del vicio en las bocas lascivas; y en medio de estas prominencias de gargantas y de vientres, aparecian algunas lindas y esbeltas niñas, aún con aire ingénuo bajo el descaro de los gestos, principiantes reclutadas en algun baile público y traídas por una parroquiána á casa de Laura, donde una multitud de mujeres gordas acudia al olor de su juventud solícita, haciendo en torno de ellas una córte de inquietos viejos verdes, y pagándoles golosinas.

En cuanto á los hombres, eran poco numerosos, de diez á quince á lo más, y estaban en actitud humilde bajo la feménil ola invasora, á excepcion de cuatro mozos crudos, que bromeaban muy á sus anchas, llegados para ver lo que pasaba.

—Está muy bueno este guisado—decia Satin.—¿No es así?

Nana movía la cabeza satisfecha.

Era la antigua y sólida comida de un hotel de provincia: pasteles de carne á la financiére, gallinas en arroz, habichuelas á crema á la vainilla.

Dichas señoras caían particularmente sobre las gallinas en

arroz, reventando dentro de sus corsés y enjugándose los labios lentamente.

En un principio Nana tuvo miedo de encontrar antiguas amigas, que le hubieran hecho preguntas tontas; pero se tranquilizó; no viendo ninguna cara conocida entre aquella multitud tan abigarrada, en que los vestidos desteñidos, los sombreros lamentables, se ostentaban al lado de las más ricas *toilettes*, en la fraternidad de las mismas perversiones.

Un instante sintió interés por un joven de cabellos cortos y rizados, de rostro insolente, que tenía sin respiración, pendiente de sus menores caprichos, á toda una mesa de muchachas grasientas.

Pero como el joven riese, su pecho se hinchó.

—¡Toma, si es una mujer!—dijo Nana con un ligero grito.

Satin, que se atracaba de gallina, levantó la cabeza murmurando:

—¡Ah! sí, la conozco.... ¡Muy elegante! Se la disputan todos.

Nana hizo una mueca de disgusto. No comprendía esto. Sin embargo, añadió con su voz razonable, que no había que disputar sobre gustos y colores, porque nadie estaba seguro de lo que podía amar un día.

Y comía su erema filosóficamente, echando de ver que Satin sublevaba las mesas vecinas con sus grandes y virginales ojos azules.

Cerca de ella, sobre todo, estaba una robusta persona, rubia y muy amable; echaba llamas, y se aproximaba tanto, que Nana estuvo á punto de intervenir.

Pero en este momento una mujer que entraba le causó una sorpresa.

Había reconocido á la señora Robert. Esta se adelantó, dirigiendo un familiar signo de cabeza á la criada alta y flaca, y pasando despues á apoyarse en el mostrador de Laura.

Las dos se besaron largo tiempo. Nana encontró esta caricia muy graciosa por parte de una mujer tan distinguida, tanto más, cuanto que la señora Robert no tenía ahora su aire modesto, ántes al contrario. Laura había vuelto á sentarse con la majestad de un viejo ídolo del vicio, la cara consumida y barnizada por los besos de sus fieles, y por encima de los pla-

tos llenos reinaba sobre su clientela abotagable, monstruosa entre las más robustas, dominándolo todo, como recompensa de cuarenta años de ejercicio.

Pero la señora Robert había divisado á Satin. Dejó, pues, á Laura y corrió hácia ella, mostrándose muy amable, diciendo cuánto sentía no haber sido encontrada en su casa la víspera; y como Satin, encantada, quisiera absolutamente hacerle un sitio á su lado, la señora juraba haber comido ya. Subía simplemente para ver. Mientras hablaba en pié tras de su nueva amiga, se apoyaba en sus hombros, sonriente y zalamera, repitiendo:

—Vamos, ¿cuándo podemos vernos? Si estuviésemos libre....

Nana, desgraciadamente, no podía oír más. Esta conversación la ponía furiosa, ardia en deseos de decir cuatro verdades á esta mujer honrada; pero la vista de un grupo que llegaba la paralizó. Eran mujeres distinguidas en traje de etiqueta, con sus diamantes. Venían de partida á casa de Laura, á quien tuteaban todas, incitadas por un gusto perverso, paseando cien mil francos en pedrería sobre su piel para comer allí, á tres francos por cabeza, ante la admiración celosa de estas pobres muchachas mal vestidas.

Cuando entraron, hablando en voz alta, con risas bulliciosas y alegres, trayendo de fuera como un rayo de sol, Nana había vuelto vivamente la cabeza, muy contrariada al reconocer entre ellas á Lucy Steward y María Blond.

Cerca de cinco minutos, durante el tiempo que estas señoras hablaron con Laura ántes de pasar al salón vecino, permaneció con la cabeza baja, muy ocupada en recoger migajas de pan sobre el mantel.

Despues, cuando pudo volverse, en fin, quedó estupefacta: la silla del lado estaba vacía. Satin había desaparecido.

—¡Y bien! ¿A dónde ha ido?—dejó escapar en voz alta.

La robusta persona rubia que había colmado á Satin de atenciones rió al oír esto, á pesar de su mal humor; y como Nana, irritada por esta risa, le dirigiese una mirada amenazadora, dijo lánguidamente y con voz reposada:

—No hay que echarme á mí la culpa: álguien se la ha llevado.

Entonces Nana, comprendiendo que iba á burlarse de ella, se calló. Y haciendo un grande esfuerzo, contuvo su cólera.

En el fondo del salon vecino oía las carcajadas de Lucy Steward, que obsequiaba á toda una mesa de jovencitas bajadas de los bailes de Montmartre y de la Chapelle.

Hacía mucho calor, la criada levantaba pilas de platos sucios, mientras que los cuatro señores habian acabado por echar vino de lo superior á media docena de muchachas, con intencion de emborracharlas y oír sus ocurrencias.

Ahora lo que exasperaba á Nana era pagar la comida de Satin.

Hé aquí una sucia garza que se dejaba hartar, y que se escurria con el primer perro que la hacía cocos, sin dar siquiera las gracias.

Es verdad que no eran más que tres francos; pero aún así, le parecia duro ante un abandono tan grosero.

Pagó, sin embargo, y arrojó sus seis francos á Laura, á quien aborrecia ahora más que al cieno de los arroyos.

En la calle de los Mártires Nana sintió aún aumentarse su rencor.

Su velada habia fracasado, y subió lentamente hácia Montmartre, furiosa, sobre todo, contra la señora Robert. ¡Y esta dama, que tenía el descaro de hacerse la mujer distinguida! Sí, ¡distinguida entre la basura!

En este momento estaba cierta ya de haberla encontrado en el *Papillon*, un infecto baile de la calle de *Poissonnière*, donde la subastaban los hombres por ménos de una peseta. Y esta mujer privaba entre algunos empleados sesudos, por su aire modesto, y rehusaba asistir á cenas con que la hacian mucha honra al invitarla, ¡todo para fingir virtud!

¡Y semejantes hipócritas se metian luégo en agujeros inno- bles, que nadie conocia!....

Entre tanto, Nana, pensando en estas cosas, llegó poco á poco hasta su casa, calle Veron.

Al ver luz se quedó muy sorprendida.

Fontan habia vuelto de pésimo humor, abandonado tambien por el amigo que le pagó la fonda.

Escuchó con ademan de indiferencia las explicaciones que ella daba por el temor de una paliza, y llena de azoramiento al encontrarle allí, cuando no le esperaba hasta la una de la mañana; y mentía á medias, confesando haber gastado seis francos, pero con la señora Maloir.

Fontan, que permanecía muy digno, le entregó una carta con su direccion, cuyo sobre habia roto tranquilamente. Era una carta de Jorge, siempre encerrado en las *Fondettes*, desahogándose todas las semanas en páginas abrasadoras.

Nana gustaba mucho de que se la escribiese, sobre todo, grandes frases de amor con protestas y juramentos. Leía esto á todo el mundo.

Fontan conocia el estilo de Jorge, y le apreciaba. Pero aquella noche la jóven temia hasta tal punto una escena, que afectó indiferencia; recorrió la carta con aire mal humorado y la arrojó al mismo tiempo. Fontan se habia puesto á tocar una marcha sobre un vidrio, aburrido de acostarse tan temprano, no sabiendo cómo emplear su velada. De pronto se volvió.

—Si se respondiese en seguida á ese pilluelo....—dijo.

Ordinariamente era él quien escribía. Alardeaba de estilo. Despues era dichoso cuando Nana, entusiasmada con la lectura de su carta, escrita por todo lo alto, le abrazaba, gritando que no habia otro como él para encontrar cosas parecidas. Esto concluía por enardecerlos, y entonces se adoraban.

—Como tú quieras—respondió.—Voy á hacer té. Nos acostaremos en seguida.

Entonces Fontan se instaló sobre la mesa, con gran aparato de tintero, pluma y papel. Redondeaba su brazo, alargaba la barba.

—«Corazon mio»—comenzó en alta voz.

Y durante más de una hora se entregó á esta tarea, reflexionando á veces sobre una frase, con la cabeza entre las manos, puliendo lo escrito, riendo para sí cuando encontraba alguna expresion tierna.

Nana, silenciosamente, habia ya tomado dos tazas de té. Por último, Fontan leyó la carta, como se lee en el teatro, á media voz, con expresivos gestos. En sus cinco páginas hablaba de «las horas deliciosas pasadas en la *Mignotte*, esas horas cuyo

recuerdo guardaba como un perfume sutil», jurando «una eterna fidelidad á esta primavera del amor», y concluía declarando que su único deseo era «volver á comenzar esta felicidad, si la felicidad puede comenzar de nuevo.»

— Ya sabes — explicó Fontan — digo todo esto por política. Como se trata de una broma..... Creo que está tierna, ¿eh?

El cómico triunfaba. Pero Nana, torpe, desconfiando siempre, cometió la falta de no saltar sobre su cuello entusiasmada. Se limitó á encontrar la carta muy bien; nada más.

Él entónces se consideró humillado. Si su carta no le agradaba, podía ella hacer otra; y en lugar de besarse, como de costumbre, despues de haber removido estas frases de amor, permanecieron frios á ambos lados de la mesa.

Sin embargo, Nana le había servido una taza de té.

— ¡Vaya una inlecencia! — gritó él cuando la hubo llevado á sus labios. — ¡Has echado aquí sal!

Nana, por su desgracia, se encogió de hombros. Él se puso furioso.

— ¡Ah! ¡Vamos á acabar mal esta noche!

Y la pendencia arrancó de aquí. El reloj no marcaba más que las diez: era una manera de matar el tiempo.

Fontan se excitaba lanzando al rostro de Nana, en una ola de injurias, toda especie de acusaciones, una sobre otra, sin permitirle defenderse.

Era una sucia, era una bestia, había rodado por todas partes.

Despues se encarnizó sobre la cuestion de dinero.

¿Acaso gastaba él seis francos cuando comía fuera? A él le pagaban la comida, ahorrándose su puchero; y convidar á esa vieja zurcidora de voluntades, á esa Maloir, una bruja que iba á poner á la puerta al día siguiente. ¡ Ah, muy bien!

De fijo que irían lejos si él y ella cada día arrojaban de este modo seis francos á la calle.

— En primer lugar, ¡quiero cuentas! — gritó. — Veamos; venga el dinero; ¿cómo estamos de fondos?

Parecían estallar todos sus instintos de sórdida avaricia. Nana, dominada, aturdida, se apresuró á tomar en el secreter el dinero que les quedaba, poniéndoselo delante.

Hasta aquí la llave estaba siempre sobre la silla comun, y ambos sacaban libremente lo que les parecía.

— ¡Cómo! — dijo despues de haber contado — quedan apénas siete mil francos de los diez y siete mil, y no estamos juntos sino hace tres meses..... Esto no es posible.

Él mismo se lanzó, trastornó el secreter, y tomó el cajon para escudriñar bajo la lámpara.

Pero no había más que seis mil ochocientos y algunos francos. Entónces aquello fué una tempestad.

— ¡Diez mil francos en tres meses — aullaba. — ¡Nombre de Dios! ¿qué has hecho de ellos? ¿Eh? ¡responde!..... Todo esto se lo tragó tu estafermo de tía, ¿eh? ¡O tú mantienes hombres, está claro!..... ¿Quieres responder?

— ¡Ah, si te encolerizas así! — dijo Nana. — El cálculo es bien fácil de hacer..... Tú no cuentas los muebles; despues, tuve que comprar lencería. Cuando se pone casa, el dinero se va muy pronto.

Pero al par que exigía explicaciones, Fontan no quería oirlas.

— Sí, se va muy pronto — repuso más en calma — y mira qué vida; estoy ya cansado de esta cocina en comun..... Tú sabes que estos siete mil francos son míos. ¡Y bien! Puesto que están aquí, los guardo..... ¡Demonio! si tú eres una derrochadora, yo no tengo deseos de verme arruinado. A cada uno lo suyo.

Y maquinalmente metió su dinero en el bolsillo. Nana le miraba estupefacta.

Él continuaba con complacencia:

— Ya comprendes, no soy bastante tonto para mantener tías y muchachos que no son míos..... Si te agrada gastar tu dinero, gástalo en buen hora; pero el mío es sagrado..... En adelante, tú pones la comida y yo pagaré la mitad. Por la noche nos arreglarémos: hélo aquí todo.

Nana de pronto se sintió indignada, y no pudo contener este grito:

— Es decir, tú has comido mis diez mil francos..... ¡Qué decente es eso!

Pero él no se paró á discurrir más. Por encima de la mesa, á todo vuelo, le alargó una bofetada, diciendo:

— ¡Repítelo!

Nana lo repitió, á pesar del golpe, y él cayó sobre ella, dándole puntapiés y puñetazos.

No tardó en ponerla en un estado tal, que la jóven acabó, como de costumbre, por desnudarse y meterse en la cama llorando.

Fontan respiraba fuerte. Iba á acostarse á su vez, cuando aperció sobre la mesa la carta que habia escrito á Jorge.

Entónces la plegó con cuidado, vuelto hácia el lecho, diciendo con un aire amenazador:

— La carta está perfectamente, y la pondré en el correo yo mismo, porque no me gustan los caprichos.... Y basta de lloriqueos; no quiero músicas.

Nana, que lloraba con pequeños suspiros, contuvo su aliento. Cuando Fontan se hubo acostado, la jóven se arrojó sobre su pecho entre sollozos.

Sus contiendas acababan siempre por esto; ella temblaba de perderle, y sentía la cobarde necesidad de saber que era suyo, á pesar de todo.

Por dos veces Fontan la rechazó con un ademán soberbio.

Pero el abrazo tibio de esta mujer, que le suplicaba, con sus grandes ojos de bestia fiel humedecidos, comenzó á atizar en él un deseo.

Y se condujo como un buen príncipe, sin descender, no obstante, á ninguna demostracion; se dejó acariciar y adquirir fuerza, como hombre cuyo perdon vale la pena de ser ganado.

Después le asaltó una inquietud, temiendo que Nana no representase una comedia para recobrar la llave de la caja.

Habia apagado la bujía, cuando experimentó la necesidad de mantener su actitud.

— Ya sabes, hija mia, esto es muy sério: yo guardo el dinero.

Nana, que se adormecía en sus brazos, encontró una palabra sublime:

— Sí, no tengas miedo.... Yo trabajaré.

Pero, á partir de esta noche, la vida entre los dos se fué haciendo más y más difícil.

Desde el principio al fin de la semana habia allí un ruido

de bofetones, un verdadero tic-tac de reloj, que parecia regular su existencia.

Nana, á fuerza de palizas, adquiria una flexibilidad de lienzo fino, y esto le hacia delicada de piel, rosada y blanca de color, tan suave al tacto, tan diáfana á la vista, que parecia aumentarse en belleza.

Por eso Prullière la rondaba de continuo, viniendo cuando Fontan estaba fuera, y empujándola hácia los rincones para abrazarla.

Pero ella se defendia, muy indignada y con rubores de vergüenza: encontraba repugnante que quisiera engañar á un amigo. Entónces Prullière se reía con un aire forzado.

¡En verdad, se habia vuelto muy tonta! ¿Cómo podia ser tan fiel á semejante mono? Porque, en fin, Fontan era un verdadero mono, con gran nariz oscilando siempre. ¡Una cabeza asquerosa! ¡Y además, un hombre que la pegaba!

— Es posible, yo le amo así y todo — respondió con el aire tranquilo de una mujer que confiesa un gusto abominable.

Bosc se contentaba con comer lo más á menudo posible.

Encogíase de hombros detrás de Prullière, un guapo muchacho, pero un muchacho poco serio.

Él varias veces habia asistido á escenas entre los dos amantes; á los postres, cuando Fontan abofeteaba á Nana, continuaba comiendo gravemente, encontrando esto natural.

En agradecimiento de la comida, se extasiaba siempre ante el espectáculo de su felicidad.

Bosc se proclamaba filósofo: habia renunciado á todo, hasta á la gloria.

Prullière y Fontan, á veces tendidos sobre su silla, se contaban sus éxitos, hasta las dos de la mañana, con sus gestos y su voz de teatro; mientras que él, absorto, haciendo de cuando en cuando un mohín de desden, acababa silenciosamente la botella de cognac.

¿Qué quedaba de Talma?

Nada; pues entónces era tonto hablar del asunto.

Una noche encontró á Nana anegada en lágrimas. La jóven se quitó la camisa para enseñar su espalda y sus brazos, negros por los golpes.

Bosc le miró la piel, sin la más remota idea de abusar de la situación, como haría el imbécil Prullière en igual caso. Después, sentenciosamente:

—Hija mía, donde hay mujeres hay bofetadas. Napoleón es quien ha dicho esto, me parece.... Lávate con agua salada. El agua salada es excelente para esas cosas. Mira; has de recibir más, y no te quejes en tanto que no te rompa algo.... Ya sabes: me invito á comer, he visto un guisado que me apetece.

Pero la señora Lerat no tenía esta filosofía.

Cada vez que Nana le enseñaba un nuevo cardenal sobre su blanca piel, lanzaba grandes gritos.

Estaban matando á su sobrina; esto no podía durar.

A la verdad, Fontan había puesto á la puerta á la señora Lerat, diciendo que no quería verla más en su casa, y desde entonces, cuando estaba allí al entrar él, tenía que escurrirse por la cocina, lo que la humillaba horriblemente.

Así, no cesaba en sus diatribas contra este grosero personaje. Le reprochaba, sobre todo, el ser tan desatento con mujeres muy distinguidas, sobre cuya educación nadie podía decir una palabra.

—¡Oh! eso se ve desde luego, decía á Nana:—no tiene el sentimiento de las menores conveniencias. Su madre debía ser muy vulgar; ¡no digas que no, porque salta á la vista!.... Yo no hablo por mí, bien que una persona de mi edad tenga derecho á ciertas consideraciones.... Pero tú, verdaderamente, no me explico que soportes sus malas maneras; porque, sin lisonjearme, yo te he enseñado siempre compostura y has recibido en mi casa los mejores consejos. ¿Eh? No había nada que pedir en nuestra familia.

Nana no protestó, escuchando con la cabeza baja.

—Después—continuaba la tía—tú no has conocido más que personas distinguidas.... Precisamente hablábamos de esto ayer noche con Zoé en mi casa. Zoé tampoco lo comprende. «¿Como, decía, la señora, que tenía en un puño al Conde, un hombre tan perfecto—porque, entre nosotras, parece que tú abusabas de él—cómo la señora puede dejarse asesinar por ese polichinela?» Yo, yo añadí que los golpes casi podían soportarse; pero que jamás podría transigir con la falta de con-

sideraciones.... En fin, yo le detesto; no puedo verlo ni pintado. Y tú te arruinas por un pájaro como ése; si, tú te arruinas, querida, cuando á una palabra tuya tendrías á tus pies hombres ricos y personajes del gobierno.... ¡Basta! No soy yo quien debe decir esas cosas. Pero á la primera grosería, yo, en tu lugar, le dejaba en blanco con un: «Caballero, ¿por quién me tomáis?» Ya sabes, con tu aire majestuoso, que le cortaría brazos y piernas.

Entonces Nana rompió en gemidos, balbuceando:

—¡Oh, tía, si le amo!

Lo cierto es que la señora Lerat se sentía inquieta viendo á su sobrina darle con gran trabajo, y á muy largos intervalos, cantidades insignificantes, como pago de la pensión del pequeño Luis.

Sin duda ella se sacrificaría y cuidaría al niño como siempre, esperando tiempos mejores.

Pero la idea de que Fontan les impidiese á ella, al chichuelo y á su madre nadar en oro, la enfurecía hasta el punto de hacerle negar el amor. Así concluyó por estas palabras serenas:

—Escucha: el día en que te haya arrancado la piel de la espalda, vendrás á llamar á mi puerta, y yo te abriré.

Pronto el dinero vino á ser la grande preocupación de Nana.

Fontan había hecho desaparecer los siete mil francos; sin duda estaban en lugar seguro, y jamás Nana se hubiera atrevido á preguntarle; porque este pájaro, como le llamaba la señora Lerat, mostraba grandes pudores.

Temblaba ella ante la idea de que pudiese creerla capaz de vivir con él por sus cuatro cuartos.

Había prometido proveer las necesidades de la casa.

Los primeros días, cada mañana daba tres francos.

Pero tenía las exigencias del hombre que paga: con sus tres francos quería de todo; manteca, carne, primores; y si Nana arriesgaba alguna observación, si insinuaba que no se podían traer los mercados con aquel dinero, él se encolerizaba, la trataba de inútil, de derrochadora, amenazándola siempre además con marcharse á otra parte.